

CUENTO

# JOSÉ TERCERO

AUTOR: MONKER



**A** Pepito lo llevaron a un putero. No hace falta adornar la situación. Llegó con su padre, Pepe, y su abuelo, José, quienes insistieron en que tenía que conocer “el lugarcillo” cerca de su casa. Pepito, sin mucha emoción, pidió unos cigarrillos. Los otros pidieron cervezas y terminaron compartiéndoselas.

El lugar era oscuro, casi una caricatura de sí mismo. “¿Selvático? No sé”, pensó Pepito al ver las plantas de plástico en la tarima y la luz escasa que apenas dejaba ver las mesas. Más que un antro para adultos, parecía una guardería desordenada.

A un par de mesas de distancia, unas mujeres reían y bebían en vasos de unicel. “Ahí están, José. ¿Cuál te gusta?”, le murmuró Pepe a Pepito, mientras el abuelo José soltaba un comentario que no escuchó. Pepito, incómodo, evitó responder, pero no pudo evitar mirarlas. Las mujeres lo ignoraban con una mezcla de indiferencia y desdén.

“¿A qué hora bailan?”, preguntó Pepe al mesero, un hombre regordete que probablemente era el dueño. “A medianoche”, respondió el hombre. Pepito pidió otro

cigarro mientras miraba de reojo a unos policías que acababan de entrar. Pepe los saludó con un gesto y bromeó sobre el operativo que tenían al día siguiente. Pepito, por su parte, solo los observó en silencio, sintiéndose extraño en medio de todo.

A las doce, el lugar empezó a llenarse. Una pareja entró y se sentó en una esquina. El hombre no paraba de mirar la mesa de las mujeres; la mujer, con cara de fastidio, bebía sin mucho interés. Cuando empezó el primer baile, el abuelo José sacó un ticket con marcas en los bordes y lo levantó como si fuera un trofeo. “Traigo todas las tachas. Creo que me toca gratis. Pásame a la gordita de pelo negro”, dijo, señalando con un gesto. Pepe asintió, pero Pepito pensó: Es una gorda mamona.

La mujer subió a la tarima cuando la música cambió de banda a electrónica. Bailaba con desgano, como si estuviera cumpliendo una condena. “Tiene cara de hueva”, pensó Pepito. Pidió otro cigarro, pero Pepe le dijo que esperara.

“¿Te gusta?”, le preguntó Pepe.

“Nel”, respondió Pepito moviendo la cabeza.

El abuelo José seguía insistiendo con la mujer de negro. Al final, ella bajó de la tarima y el mesero le indicó que lo acompañara. La llevó de la mano por un pasillo que daba a los cuartos. Mientras tanto, otra mujer subió a la tarima. Era una pelirroja mayor, elegante, con movimientos precisos y un aire de seguridad que contrastaba con la desgana de la anterior. Pepito se sentía mareado y aburrido.

“Hoy te vas a llevar a una”, dijo Pepe de repente. Pepito lo miró sorprendido. “Es para probar. No importa que no te gusten, solo hazlo.”

Una rubia subió al escenario. Era falsa, como el lugar. Reía mientras bailaba de manera torpe. La música se trababa de vez en cuando, y ella lo tomaba con humor. “Está cagada ésta”, dijo Pepito entre risas. “¿Te la quieres llevar?”, preguntó Pepe. “No sé, pero me da risa. Eso es algo”, respondió Pepito, tratando de disimular su incomodidad.

Pepe llamó al mesero y negoció con él. La mujer bajó del escenario y se sentó directamente en las piernas de Pepito. Hablaba y reía, lanzando bromas absurdas como: “Uy, toda la familia junta, qué bendición”.

“”

“A qué hora bailan?”, preguntó Pepe al mesero, un hombre regordete que probablemente era el dueño. “A medianoche” respondió.

Pepito no sabía dónde meterse. Pepe pagó y la rubia lo llevó al cuarto.

El espacio era pequeño, casi claustrofóbico. Ella se quitó el sostén y puso sus pechos sobre la cabeza de Pepito. Él no hizo nada. Solo le preguntó cosas. Ella respondió, tranquila, como si estuviera acostumbrada. Al final, ambos se sentaron uno junto al otro, hablando de cosas sin importancia. “No quiero estar aquí”, pensaba Pepito. “Mi papá se va a enojar si no hago nada. Pero no quiero. No puedo.”

Cuando salieron, la rubia le dijo: “No te preocupes. Esto es normal. Tranquilo, chamaquito.” Pepito no respondió, pero sintió un extraño alivio. Al volver a la mesa, los policías estaban sacando a un hombre esposado: el tipo que había llegado con la mujer. Ella estaba en el suelo, llorando con la

nariz rota. Pepito la miró y sintió una punzada en el estómago.

En el auto, camino a casa, Pepe rompió el silencio:

“Es su mundo, hijo. Sórdido, pero es lo que hay. Ahora ya sabes cómo es.”

Pepito solo miró por la ventana. Sentía ganas de llorar, pero no dijo nada.



## Sistemas de Gestión de Seguridad

- Análisis de **riesgos**
- Desarrollo de políticas y procedimientos de seguridad
- Sistemas de gestión de seguridad **patrimonial** y seguridad **pública**
- **Auditorías** de seguridad
- Consultoría para **acreditación** de seguridad publica internacional
- Consultoría para **certificación** de Ctpat

**Contacto**  
 WhatsApp +52 33 1735 0903  
 Mail  
[consultor@politicaseguridad.com](mailto:consultor@politicaseguridad.com)